

## LOS CONSTRUCTORES DE MATILLA: FORJADORES DE UN NUEVO MUNDO Y PROTECTORES DE LA VIDA

\* Sociólogo.  
Investigador del IECTA.  
Correo electrónico:  
johvkessel@yahoo.com.

Dr. Juan van Kessel\*

El trabajo humano, más que un simple factor económico, es para el hombre un modo de ser y de vincularse a su medio; es “ser creador” para el español; es “criar la vida” para el aymara. La construcción del templo y la torre de Matilla, en 1718, con el trabajo forzado de ambos: españoles y aymaras, marcó, no solo de un asentamiento humano fundado para la eternidad; también el nacimiento de una nueva humanidad y de una nueva cultura, mestiza, nortina, colonial. Este artículo es una reflexión filosófico-histórica que compara la visión andina del trabajo de aymaras tradicionales con el pensamiento occidental presente en aquel naciente pueblo desértico.

**Palabras claves:** Trabajo - Colonia - Economía.

Human labor is more than a simple economic factor; it is a way of life and of environmental relationship; to the Spanish it is “being creator” and to the aymara it means “taking care for life”. The construction of the Matilla church and tower, 1718, in painful labor of both: Spanish and Aymara, actually was not only the appearance of a new human site “planned for eternity”; it was moreover a new born humanity and a new cultura: northern colonial mestizo. This essay is a reflection in the history of labor philosophy comparing the andean vision of labor in the traditional aymara community with western thinking about labour brought out in that new rasen spanish desert village.

**Key words:** Work - Colony - Economy.

A propósito del último libro del arquitecto iquiqueño Patricio Advis Vitaglich sobre el fechado de la iglesia colonial de San Antonio de Matilla (Advis 1995) - una verdadera joya que en su sencillez y pureza refleja el noble brillo del formativo de la cultura colonial andina de Tarapacá - es una grata tentación seguir soñando en la mecedora de su autor. Queremos reflexionar aquí sobre sus constructores, aquellos increíbles hombres de nuestro pasado: Españoles incansables trabajadores hasta el día mismo de su muerte; aymaras hijos de la Santa Tierra y criadores de la Vida; africanos con el ritmo selvático todavía en la sangre.

El libro trata de la historia del campanario de Matilla contada por un arquitecto que a la vez demuestra ser filósofo, artista e historiador. Así hace revivir alrededor de esta torre la comunidad humana que la construyó y su medio natural. Este “Señor-torre” -porque así, mallku, lo llamaban respetuosamente los aymaras- ha sobrevivido ya dos iglesias-t”alla, pericidas por los terremotos, y ahora lo acompaña con dignidad su tercera esposa, la actual iglesia de San Antonio. El autor nos hace revivir aquella comunidad naciente y joven, aislada, que incluía pasado y futuro, medio natural y humano. Sentimos el incesante trabajo forzado de criollos e indios, negros y mestizos, latiendo en la chacra y la viña, en socavones, galerías de agua y construcciones. Vemos la vida, pura y dura, que corre en la limpieza de los canales y en la celebración del culto alrededor del campanario, símbolo y expresión de aquel universo local, perdido en la inmensidad del desierto. Presenciamos el hombre cuando se instala trabajando y tejiendo su nido en una tierra virgen. Matilla a comienzos del siglo 18 es: gestación y nacimiento de una nueva humanidad; es el acontecer urbanizador que ocurre, como la primavera con sus solazos y tempestades, entre golpes y violencias, oraciones y conjuros, represión y celebración. Con el trabajo como denominador común que vinculaba las razas y culturas comprometidas en la construcción de su símbolo: el templo y el campanario edificado entre 1718 y 1721.

El autor nos cuenta cómo esta torre marca la aparición e instalación humana en tierra nueva. Con profunda admiración nos muestra el milagro del nacer de una nueva humanidad: el origen de la cultura y comunidad nortina. Con la construcción de su templo - “Santa Iglesia”, decían - los criollos consolidaban su emergente hacienda basándola en un fundamento perpetuo. Con la pareja Torre-Templo la nueva comunidad jerarquizada de peninsulares, mestizos, negros e indios con toda su gama de sambos y mulatos, alcanzó, dirigida por los mismos criollos, calidad y categoría de “pueblo de Dios”. La fe de estos próceres, firme como la piedra de la torre; sus raíces alimentadas con las aguas del Edén y la sangre del Calvario; el sudor del Adán condenado y el sufrimiento redentor de la mujer-madre, le daban al pueblo naciente la garantía de su devenir en Reino de Dios. Así nació Matilla como pueblo-iglesia con el culto santo y festivo alrededor de la torre que lo santificaba.

Pero fue el indio, criatura de una Pachamama derrotada, huérfano, despojado, golpeado y manoneado, el que gastó sus fuerzas en las labores de construcción de la “Santa Iglesia de San Antonio de Matilla”. En eso

mismo, el aymara, reducido a la hacienda del criollo, captó con ojo de cóndor el valor del símbolo, vigoroso y sugerente en su silencio, de la comunidad naciente, que dolorosamente rompía las estructuras del ayllu. Para él, Torre e Iglesia tenían clara personalidad de espíritu tutelar para los nuevos tiempos, y cobijaban considerable fuerza protectora. En la noche de la ante-víspera de San Antonio, cubierto por la oscuridad, el yatiri les brinda sus challas de coca y chicha para vigorizarlos y les tiraba delicadamente unas gotas de la sangre de la huilancha para renovar sus fuerzas vitales. Al amanecer del día festivo del Santo Patrono, bajo el ojo permisivo del cura y del hacendado, los lichiguayos alegraban al Torre Mallku y su Iglesia T<sup>o</sup>alla con sus takis, sus tarkas y tambores. Haciendo así, el aymara inspiraba vida, dialogaba y comulgaba con las piedras de su Madre Tierra erguidas en monumento y pauta de la nueva comunidad. Juntos, criollos e indios crearon un mundo nuevo plasmando cada uno su propia fe y sus pensamientos profundos en la construcción del templo y la celebración del culto. Así fue la consagración del trabajo creador de los verdaderos próceres del Norte Chileno, que leemos - guiados por un autor visionario - en la fachada del primer templo de Matilla y en las cornisas de su campanario. La visión criolla del trabajo constructivo - como "creación continuada del mundo" -y el concepto andino-como "gestación permanente de la Santa Tierra" - les permitió tejer este nido de vida nueva en el desierto. Porque su visión era cosmo-visión.

El concepto mestizo de sus herederos contemporáneos, ¿tendrá la misma fuerza, envergadura y lucidez, necesarias para continuar la obre y humanizar la faz de la tierra mediante sus labores y construcciones que brotan y saltan por doquier y cubren nuestras playas con rascacielos? Sin embargo, tenemos que asumir nuestra herencia como nortinos. Seamos conscientes y recordemos. Vale recordarlo a través de la historia del pensamiento que se esconde detrás del horizonte de la historia del campanario que nos cuenta Patricio Advis. Hopenhayn (1988) nos prestaría un marco para apreciar el trabajo de los forzudos constructores de la torre de Matilla.

(1) Génesis 3/17-19: "(Por cuanto pecaste) maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella; espinos y cardos te producirá; con el sudor de tu rostro comerás el pan. Cf. también el Talmud: "Si el hombre no halla su alimento como animales y pájaros sino de ganárselo, es debido al pecado" (Hopenhayn; 1988).

1. En el mundo griego clásico, el trabajo era de esclavos; era despreciado porque rebajaba al hombre. No tenía valor ético, ni dignidad. El ocio era lo que valía y que daba oportunidad al desarrollo humanista.

La otra fuente que alimentó el pensamiento occidental es la biblia. Los hebreos valorizaban el trabajo como un mal necesario y como un sacrificio para la expiación de los pecados<sup>(1)</sup>. Así, el valor del trabajo trascendía lo

económico y tenía valor y sentido ético. Es medio para producir y medio para redimir el pecado. Pero el trabajo no tiene valor en sí mismo; no es fin en sí. El trabajo culmina siempre en descanso, como lo enseña la biblia hablando del “descanso del séptimo día” (Gen. 2/2-3), y en el “descanso eterno”, la gloria, la felicidad celestial.

Los primeros cristianos se alimentaron de ambas fuentes. Asumen la visión hebrea del trabajo como medio de expiación y de producción de bienes necesarios, pero se le agrega su fin social y caritativo, ya que estos bienes deben ser compartidos fraternalmente (Hechos 2/43-47). De este modo el trabajo sigue siendo medio de dignificación, medio sin valor intrínseco.

En el mundo andino, todo lo contrario, el trabajo es fin en sí, y es plenitud existencial, celebración de la vida y comunión con la divinidad: la Pachamama. La tierra no está maldita por el pecado del hombre, ni es un campo laboral reacio al hombre. Todo lo contrario, ella es para el hombre fuente de vida y de toda bendición. El trabajo es su culto a la Tierra y la chacra es su templo. La mitología andina describe el “cielo andino” (digamos: la visión de la vida en el más allá) como una existencia con trabajo en la chacra, sin pestes, ni daños climáticos, tranquilo y armonioso.

2. La visión cristiana medieval del trabajo - fuente directa del pensamiento teológico de la colonia - se definió en el ambiente monástico y en la teología escolástica.

El monje - conforme el lema de San Benito: ora et labora - no despreciaba el trabajo en el campo o en el taller, aunque más estimaba el trabajo intelectual, y más aún la contemplación pura, mientras que el trabajo mantenía su carácter de medio para la purificación, la caridad, la expiación.

Los Franciscanos conciliaban el “sudor de su frente” (Gen 3/19) con “la alegría de su corazón” aunque, para ellos, la alegría no nacía del trabajo mismo, sino de Dios.

Santo Tomás de Aquino (1225-1274) subordinó expresamente la economía a la ética. Los bienes materiales, la riqueza, son bienes relativos, en tanto subordinados al bien absoluto: Dios y sus mandamientos. Define la actividad humana como esencialmente “fabricante”, creadora y transformadora de la naturaleza, a imagen de la obra de Dios<sup>(2)</sup>. Por el trabajo el hombre se realiza como imagen de Dios y se gana el pan y la subsistencia. El trabajo no es

(2) Su visión del trabajo parte de Dios, creador y “causa primera”, a lo que todo debe su existencia. El trabajador -por analogía- es “causa segunda”, pues procura dar a las cosas más realidad y perfección poniendo en ellas el sello de su fuerza y pensamiento (Hopenhayn; 1988: 56).

autónomo. Su función es servir al bien+ común, que para Tomás está por encima del bien particular. Prevalece siempre el principio de la fraternidad comunitaria que es herencia del cristianismo primitivo (Hechos 2/43-47). Su visión teológica del trabajo orientaba el sermón del cura y el trabajo de españoles y criollos.

En la subordinación de la economía a la ética, la visión andina coincide con el pensamiento medieval. En cambio, la visión tomista del trabajo como actividad creadora y transformadora de la naturaleza, y como esencialmente “fabricante”, a imagen de la obra de Dios, difiere mucho de la visión andina, la que parte de un universo (incluyendo el mundo y la humanidad) esencialmente orgánico y vivo y que se reproduce según un modelo biológico: el “mundo-animal”. El aymara criaba un mundo-animal - la Pacha Mama - y se dejaba criar por Ella, donde el criollo matillano ya manejaba un “mundo-máquina”. En este modo se concibe la labor productiva del hombre según el arquetipo de la creación-parición-crianza, que es muy distinto de la concepción del trabajo humano según el arquetipo bíblico y cristiano de la creación-confeción-producción. El trabajo andino es, igual que para el monje, un trabajo contemplativo. El andino observa en su chacra, su ganado, la naturaleza silvestre, un sin fin de detalles. Los medita y se pregunta, qué le está diciendo la planta, el agua, la piedra; qué le está pidiendo. En este diálogo contemplativo participan los Achachilas, la Pachamama y aún los difuntos. El andino medita, contempla y dialoga en su trabajo con la naturaleza personificada y divinizada. En cambio, el monje contempla en su trabajo al cielo, al creador transcendental y le ofrece en alabanza su labor, el medio natural y el producto de sus manos. Otra diferencia con el tomismo y sus antecedentes en el mundo greco-romano, es que para el andino no existe el problema del dualismo entre trabajo manual e intelectual (y contemplativo), ni el problema de los diferentes niveles de prestigio social y remuneraciones correspondientes. Si hay diferencias en prestigio social de los comunitarios que trabajan la sayaña, éstas se definen a partir de otro tipo de normas o metas que en última instancia no son económicas sino sociales y éticas. Es porque en su concepción del trabajo y de la tecnología aparece la actividad humana productiva como bi-dimensional: empírica y simbólica a la vez. La tecnología andina, en sus dos dimensiones, es dominio colectivo. El comunero es el depositario. El trabajo andino no es profesionalizado, ni repartido entre especialistas.

Por lo demás, el trabajo tal como debe ser, es para él - igual que para el fraile franciscano - alegría y fiesta, como se observa hasta hoy en la elaboración del chuño y en todas las faenas y aynis.

3. La ética protestante del siglo 16 que preparó el camino a la visión capitalista del trabajo, ha tenido una influencia indirecta y derivada en la sociedad andina, que se hizo sentir, posterior a la Colonia, con la penetración de la República y más aún del protestantismo a mediados de nuestro siglo. Esta ética exige de sus fieles una vida disciplinada y laboriosa, motivada por razones religiosas. Lutero asignó al trabajo, considerado como *remedium peccati*, un carácter penal y educacional y concluyó (de Génesis, 3/17-19) que una vida laboriosa es mandato de Dios. Para Calvino y su doctrina de la predestinación, el trabajo no remedia nada y no puede alterar el juicio divino, definido ya de antemano. El trabajo exitoso y su prueba, la riqueza acumulada, son una señal de la gracia de Dios, o sea, una señal de su propia predestinación al cielo. La angustia por el juicio divino - agravada por “los pocos escogidos y los muchos condenados” (Mateo 7/13-14) - mueve al calvinista y crea en él un individualismo total y sin solidaridad alguna. Esta doctrina obliga a redoblar los esfuerzos en la actitud generadora de “buenas obras”. El puritanismo protestante exige eficacia en el trabajo y una actitud sistemática, calculada y propensa al esfuerzo incesante (haciendo posible la acumulación capitalista). Así, el protestante clásico termina en “vivir para trabajar”, cambiando el *ora et labora* de los benedictinos en un *labora et labora*.

La ética del trabajo que mueve al andino a una vida tanto o más laboriosa que el protestante está centrada, no en la angustia por el juicio divino sino en su responsabilidad de “hijo de la Tierra”; no en el más-allá sino en el más-acá. El trabajo no remedia ningún pecado del andino. Pero la flojera y el incumplimiento en el trabajo son sancionados, porque el flojo que desatiende su chacra, su ganado o su casa, está “comiendo la carne de su madre”, así nos enseñan los mitos andinos. La casa, la chacra, el ganado desatendidos, están tristes y agonizando. Lo reclaman y lo acusan. Es una falta de respeto a la Pachamama que se los ha confiado al andino en calidad de préstamo y para criárselos. A la vez es una falta de respeto a sus padres y abuelos que le dejaron chacra y ganado en herencia: se le presentarán en sueños para recordarle de su deber y finalmente, si no hay cambio de conducta, lo castigarán también. Por otra parte, su disciplina en el trabajo no es mecánica, ni sistemática a la manera protestante, sino flexible como la vida misma, marcada de fiestas y

celebraciones, acompañada de música y danza. El andino no mide su trabajo por horarios ni por órdenes que patrones le impongan, sino por el ritmo de las estaciones y del tiempo meteorológico que le invitan; por los momentos precisos de la labor de campo, de las fases lunares, del ganado y los cultivos que le piden; por las tradiciones y las costumbres que hay que cumplir; por el respeto a sus padres que le dejaron tempranamente responsabilidades y tareas; por la comunidad, las huacas y la sallqa entera que lo están mirando e invitando. La finalidad del trabajo no es la acumulación, ni el disfrute hedonista, sino el sustento del diario vivir para la familia y el consumo festivo comunitario, que entran en el ritmo de su liturgia telúrica y con que culmina su “celebración del trabajo”. Su trabajo es su vida, su plenitud y su alegría. Trabajando la chacra, criando su ganado, el andino “se deja criar a sí mismo por la vida”. Mientras el protestante es un trabajador solitario e individualista, preocupado y movido por la salvación de su alma, el andino trabaja en ayni y mínka, y siempre en comunión con el ayllu, los huacas y la sallqa (la naturaleza silvestre), para fomentar y criar la vida del mundo.

(3) La doctrina de Taylor da toda importancia al factor tiempo para hacer el producto más competitivo en el mercado, pero a costo de una extrema presión física y psicológica sobre el trabajador. Las características del trabajo ‘taylorizado’ son: una exhaustiva división y fragmentación del trabajo; separación absoluta entre trabajo intelectual (gerencial) y manual; eliminación de elemento teológico con que el trabajador ya no sabe qué está haciendo ni para qué; autoridad vertical en la dirección del proceso de producción; abandono de toda iniciativa y lucidez, y reducción del trabajo a estereotipos simples.

4. La visión capitalista del trabajo carece de toda motivación religiosa y es unidimensional. Así parece experimentarlo también el aymara pentecostal, que laborando y traficando, dios sabe cómo, se conquista una buena tajada de las riquezas materiales de la modernidad. Según John Locke que abrió camino a esta filosofía, el trabajo genera la riqueza y legitima la propiedad, pues todo lo que el hombre mediante su “esfuerzo e industria” ha extraído de la naturaleza, le pertenece. Adam Smith, padre espiritual del sistema, reduce el trabajo a su valor de mercado y lo define como un factor de producción en la empresa, la que tiene por finalidad la ganancia. Remite el valor de todas las cosas al trabajo incorporado en ellas. Su “Homo Economicus” es autónomo, no sujeto a la religión o la ética, sino a la ley de la demanda y oferta, que es la mano invisible que ordena la economía y asegura el progreso. Su fin es la riqueza, la que se mide y se define como “trabajo acumulado”. En el taylorismo - expresión más extrema del capitalismo industrial - se ve a qué llevan la definición unidimensional y los principios economicistas del trabajo<sup>(3)</sup>. El trabajador no debe pensar y solamente ejecutar, porque su “saber” no vale y es un estorbo. Así se transforma en una pieza mecánica más de la maquinaria para producir objetos estereotipos. El trabajo termina en la relación contribución-retribución.

Nada más lejos de la visión andina del trabajo que siempre está sujeto a la ética e inserto en la cosmovisión religiosa del andino. Donde Smith despoja el trabajo de su calidad humana, enajenándolo de la persona del trabajador y privándolo de todo sentido no-económico, allí el andino no se encuentra nunca con el problema de la dignidad y el sentido del trabajo que es pluridimensional y que tiene sentido económico, a la vez que social, ético, religioso, estético, afectivo y emocional. El trabajo representa su realidad existencial misma. Al mismo tiempo la praxis del trabajo en la comunidad andina no separa la persona de su trabajo ni de su familia. No existe arriendo ‘ ni compraventa de trabajo, sino ayni, minka y faena que son la base de la organización social del trabajo y que no dan cabida a la enajenación (esclavista, feudal o capitalista) del trabajo.

En tiempos de la construcción de la torre de Matilla, el producto de su trabajo no era vendible y no tenía valor de mercado. En el pensamiento aymara original el valor de los productos canjeados se mide no por el trabajo invertido en ellas, aunque le haya costado un año de trabajo asiduo en la chacra, sino por el cariño que expresan y la “vida para la vida” que contienen. La mujer teje un poncho “para su esposo, su hijo...” o una faja “para lucirla en carnavales”. Los alimentos producidos en la chacra, igual que las hierbas medicinales recogidas en Viernes Santo, son un regalo de la Madre Tierra: no tienen precio, no se compran ni se venden. El canje tradicional no es una “venta pre-monetaria”, sino un regalo que se ofrece con respeto y cariño a parientes y amigos y que merece un regalo recíproco. Casa, chacra, rebaño y otros “bienes de capital” son más sagrados todavía: son la fuente y matriz de la vida, tan sagrada como la Madre misma; son como la carne y la sangre de la persona y la familia andina aymara. El tributo laboral fue concebido por los aymaras matillanos como regalo filial de gratitud a la autoridad, llamado tatai, tatitu. En breve: en el pensamiento aymara, el trabajo solo tiene valor humano, y solo valor dentro del ayllu: expresa cariño, respeto, vida, fuerza, salud, y relación de parentesco y vida compartida con los otros comuneros, con la naturaleza y las divinidades.

En su ayllu el andino se encuentra unido a su trabajo y realizado por su trabajo. En cambio, fuera de la comunidad - donde él se encuentra con el hacendado, el comerciante, el mestizo, el juez, el gamonal, el no-andino - la praxis del trabajo representa continuamente para el andino una explotación deshumanizante en efecto de una filosofía colonial y racista, originaria de la



sociedad occidental y dominante. Para Taylor, la ingeniería industrial consiste en la combinación ajustada de elementos mecánicos, inclusive del trabajo estereotipado, para alcanzar la norma de la máxima ganancia; en cambio para el andino, el arte de producir es “criar” y consiste en una combinación más fértil de elementos orgánicos y vivos del medio natural y del trabajo humano, dentro de su marco normativo ético-religioso. Cuando el aymara recibe una nueva semilla o variedad en su chacra “para ver si se da” piensa recibir una nueva nuera en su familia: “Si la recibimos con cariño se queda; si no, se va”. “Otras semillas no se acostumbran, porque tienen otro cariño”. Para el “sistema de producción” aymara no es la “combinación más productiva de factores”, sino la “mejor combinación de cariños” lo que se persigue en la chacra. Trabajando con aguas, canales y riegos, es consciente de manejar “la sangre de la Madre” (-Tierra). Construyendo con agua, tierra y piedra, le “pide licencia para trastocar su sangre, carne y hueso”. Haciendo una casa, o “pirca”, un corral o una torre, se guía por la “preferencia de la piedra” que pasa por sus manos - sabiendo que cada piedra es diferente - “para que descansa a su gusto”.

Otra diferencia con el pensamiento capitalista es que en la organización del trabajo andino, la tecnología productiva en sus dos dimensiones - empírica y simbólica - queda en manos del trabajador mismo, mientras la planificación del proceso de producción está basada en el saber tradicional ritualizado y manejada en forma comunitaria. El saber polivalente del trabajador andino es esencial y se combina con la praxis, la realización de su labor, dentro de un proceso productivo concebido como orgánico y biológico. Su producto llevará la marca de originalidad y unicidad, propias del producto artesanal.

5. Hegel y Marx definen el trabajo en términos positivos, no como castigo, sino como actividad humana generadora de un proceso histórico, creador y constructivo, generadora también de las relaciones interhumanas. Para Hegel, los objetos de trabajo no son cosas muertas sino encarnaciones vivas del sujeto trabajador, el que les marca con su sello creador. Marx critica duramente la degeneración del trabajo humano, “alienado” en efecto de la revolución industrial. Considera el trabajo como fundamento y especificidad en el hombre. Superar la alienación del trabajo por la abolición del capitalismo es devolverle a la existencia humana su sentido originario. Así el trabajo vuelve a ser la actividad mediante la cual el hombre desarrolla su capacidad de creación y transformación del mundo.

La visión andina del trabajo carece de esta perspectiva como actividad generadora de historia y transformadora del mundo. Donde Marx se orienta a una utopía futurista, el andino busca su norma e inspiración para el trabajo en un pasado mítico que es puro porque es fundado ab origine y válido per secula seculorum, como lo dice Eliade. La irresponsabilidad humano solo puede deteriorar esta situación y hasta provocar su derrumbe. Uno de los objetivos de los rituales de producción del andino es precisamente: la corrección de errores cometidos y la recuperación de la pureza original en la relación del hombre con su medio natural y laboral o, en términos más andinos, “para limpiar”, por el “pago a la tierra”, su relación con la chacra, el ayllu, las huacas y la sallqa.

6. El concepto de trabajo que la Iglesia Católica maneja en su doctrina social no deja de ser relevante en este contexto. Las encíclicas sociales del último siglo<sup>(4)</sup> representan un desarrollo progresivo de esta doctrina asentada en la visión bíblica y la filosofía tomista. Los fundamentos bíblicos más invocados de esta doctrina del trabajo son: Génesis (dominación la naturaleza, al ejemplo del Creador, y expiación de los pecados) y las Cartas de San Pablo Apóstol (redención y dignificación del trabajo en Jesucristo). Sus proposiciones básicas son: el trabajo es inalienable de la persona humana, tiene premisas éticas y está sometido al bien común; en su esencia es creación, control y transformación de la naturaleza y autorrealización del hombre.

En esta teología, los elementos más extraños al pensamiento andino son: el carácter expiatorio del trabajo, la idea bíblica de “dominar la tierra” y el postulado de la capacidad humana de hacer suya la naturaleza para transformar y controlarla. En cambio, el hombre andino postula la contemplación de los procesos naturales, la capacidad de adaptarse a ellos y armonizarse con su medio natural. De la contemplación del medio natural emana su tecnología bidimensional, su ética del trabajo y su sabiduría.

En cambio, para el andino los elementos más familiares en esta teología son: la armoniosa coexistencia de la familia humana en el trabajo y la dignidad del trabajador que produce en armonía con la Madre Tierra; la vigencia de un marco ético-religioso que impone sus normas al trabajo y el rechazo del derecho absoluto de la propiedad privada; el respeto concienzudo ante el medio natural, la sallqa. En la cumbre de su jerarquía de valores está la “Santa Tierra”. La responsabilidad y la creatividad del trabajador andino se asientan, no en su concepto de la persona humana (“libre y creadora, como imagen de

(4) León XIII, 1881: *Rerum Novarum*. Pío XI. 1931: *Cuadragésimo Año*. Juan XXIII, 1961: *Mater et Magistra*. Pablo VI, 1967: *Populorum Progressio*. Pablo VI, 1971: *Octogésima Adveniens*. Juan Pablo II, 1981: *Laborem Exercens*. Juan Pablo II (1987): *Sollicitudo Rei Socialis*. Juan Pablo II (1991): *Centesimus annus*.

Dios”), sino en su religión telúrica, que lo vincula, radical y definitivamente, a los procesos vitales del medio ambiente concebido como su Madre Tierra. Su ética del trabajo y su tecnología bidimensional lo hacen sintonizarse con el medio natural y adaptarse a él, en vez de dañar o destruirlo. Mientras en la doctrina cristiana el distintivo del trabajo humano es (o debe ser) la hermandad y solidaridad visualizadas en el sacramento de la eucaristía, el andino expresa el aspecto de la solidaridad por el comunitarismo en la organización del trabajo y en el consumo festivo de sus frutos. Su sacramento de comunión es la huilancha con “la boda”, la comida comunitaria en días festivos.

Trabajando, sudando, el hombre se instaló en la tierra virgen de Matilla. Como las palomas del campanario, tejió su nido en simbiosis con su medio natural. Con su trabajo construyó su pueblo para la eternidad. Trabajo-castigo; trabajo-redentor; trabajo-creador; trabajo-plenitud; trabajo-mercancía; trabajo-crianza; trabajo-vida: la torre de Matilla lo vio todo. El trabajo que para el criollo era una ley del Supremo Hacedor, el Arquitecto Divino, y un reflejo de su obre creadora del mundo, este mismo trabajo era para el aymara una crianza de la vida naciente de su Madre Tierra. El criollo con el sudor de su frente construyó su pueblo y lo hizo, “con el favor de Dios”. El aymara tanto o más laborioso, consciente de servir a la vida del mundo y dedicado a ella con respeto y cariño sin par, le brindó fiel servicio de partero a la comunidad que ésta tomaba tiernamente vida de la Tierra.

“En el sudor de tu frente...” así forjaron juntos la comunidad colonial de Matilla y luego, sobre sus bases, la sociedad salitrera y urbana. El campanario de Matilla es el monumento perenne de esta ley que nos dice: el trabajo constructor del hombre es una admirable manera de ser, y un modo de gestarse la comunidad humana, y una vivencia del sentido de la vida misma. Trabajando, el hombre se instala en su medio natural y se llena de la vida que de la Tierra brota. La torre de Matilla es el testamento espiritual de piedra viva que nos dejaron nuestros abuelos: españoles de fierro inoxidable, aymaras de bronce vivo, africanos de oro puro.

#### BIBLIOGRAFÍA

Advis, Patricio. La Iglesia Colonial de San Antonio de Matilla: su origen, su fechado y sus transformaciones. Casa Francisco Titu Yupanqui; Iquique, 1995.

Hopenhayn, Martín. El Trabajo; Itinerario de un concepto. Pet. Cepaur; Santiago, 1988.